

CAPITULO VII.

SUMARIO.

La teoría del *espiritismo*.—Reflexiones preliminares.—Reminiscencias.—Porqué de ciertas afirmaciones nuestras respecto á aquella hipótesis.—Antigüedad de ella.—Palabras de Lucrecio á Mencio—O ras de Apuleyo.—Este hablaba como habla Allan Kardec.—Jámblico y las *manifestaciones*.—Porfirio y las *comunicaciones*.

Por fin, nos encontramos ya frente á frente del *espiritismo*. Esta teoría es la que ha ganado más boga y la que en México cuenta con algunos adeptos que la profesan.

Desde luego conviene advertir qué bajo el nombre de *espiritismo* se comprende no solamente la hipótesis que presume explicar los fenómenos espiritistas por la intervención directa de los espíritus errantes ó sean las almas de los difuntos, sino asimismo las que suponen como nece-

saría la intervencion de otras inteligencias superiores, que tambien son espíritus, como los ángeles buenos y los malos. A pesar de esto, cuando se dice *espiritismo*, se entiende por lo comun que se habla de la primera hipótesis, llamándose la segunda con el nombre de *magnetismo* (1) y la última con el de *mágia ó demonolatría*.

En el curso de este estudio hemos indicado varias veces que el *espiritismo* es entre las hipótesis que no se conforman con la verdad, la que más se la aproxima, la ménos absurda y la más filosófica. Esto y la lealtad con que hemos reconocido la realidad de los fenómenos, lealtad que es en nosotros un deber y no una gracia y mera condescendencia, pues importa nada ménos que un homenaje que rendimos á la verdad histórica, como le hemos rendido siempre á toda verdad, han dado lugar á que se nos diga por nuestros adversarios; que somos realmente los defensores de sus doctrinas y los auxiliares más eficaces en el pensamiento de propagarlas. Ninguno que haya tenido la paciencia de leernos, nos podrá juzgar de esta suerte. Abismos de abismos nos separan.

(1) Así llama el doctor Billot á la teoria que atribuye los fenómenos espiritistas á los ángeles buenos.

Semejantes afirmaciones dichas de suelto no nos desconciertan, si son parte á que corriamos en un ápice lo que sobre este particular hemos escrito. Repetimos en testimonio de ello, que los fenómenos son positivos y que la hipótesis espírita, teniendo más puntos de contacto con la única verdadera, es la que mas se aproxima á la verdad, la ménos absurda y la más filosófica. Esto no es asegurar que es la verdad, ni que nada tenga de absurda, ni que sea filosófica y razonable en todos sus principios y consecuencias.

Debíamos reconocer que entre las hipótesis erróneas, es la que más se aproxima á la verdad; por cuanto á que parte de este principio que merece la aprobacion entera de la razon: *un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente*, á diferencia de las hipótesis *fluidicas* y *psicológicas* que todo lo quieren explicar ó por agentes materiales que no pueden dar inteligencia que no tienen, ó por ciertas afecciones morbosas, que léjos de aumentar, tienden á disminuir el poder de la inteligencia humana. Debíamos reconocer que era la ménos absurda y la más filosófica, porque admite la proporcionalidad, permítasenos la expresion, entre los efectos y las causas; y porque acepta alguna de las

consecuencias del principio que la sirve de punto de partida, aunque al fin acabe por romper aquella proporcionalidad y se detenga en la serie de las ulteriores consecuencias, acaso las mas trascendentales, científica, filosófica y moralmente consideradas.

Con tales precedentes no debian los adversarios mostrarse descontentos, y se muestran, pues cuentan con un impugnador que no se encierra ni por vía de providencia precautoria, en el inquebrantable círculo de las negaciones, y que admite como ellos y acaso con una fuerza de conviccion mayor que la de ellos, este principio fundamental de su doctrina: *Un efecto inteligente debe tener por causa una potencia inteligente.* Esta circunstancia es más que sobrada para que se persuadan que no se las han con la mala fe ni el sofisma, armas que no tenemos costumbre de usar en las polémicas en que nos vemos complicados.

Haciendo á un lado cosas que son extrañas á nuestro propósito, vamos ahora á entrar en el exámen y refutacion de la hipótesis espírita.

En la parte histórica de este estudio hemos demostrado con documentos al abrigo de toda sospecha, que los fenómenos espiritistas que asom-

bran á la presente generacion no son una novedad; fueron conocidos con más perfeccion sin duda por los pueblos paganos; y ellos constituian lo maravilloso de las religiones del gentilismo; no significan, por lo mismo, un progreso en la verdad, sino el retroceso mas lamentable en punto á religion, á moral y á filosofía. Tambien demostramos que despues de la conversion del mundo al Evangelio, los fenómenos de sociales se convirtieron en individuales, limitándose tanto su produccion, que muchas veces cuesta trabajo encontrar una prueba de que se producian en ciertas épocas.

Pues bien, no solamente los fenómenos son de una antigüedad remota, sino que lo es tambien la hipótesis que los explicaba por la intervencion directa de las almas de los difuntos. Y esto, ciertamente que no era una teoría apénas parecida á la que ahora se presenta como original, sino la misma hasta en aquellas cosas que podríamos considerar como de pormenor y de poca significacion.

Es útil á quien desea conocer qué es lo cierto saber los orígenes de las cosas y las altas y bajas á que han estado sujetas. La verdad tiene de particular, que una vez conocida, jamas deja de ser reconocida por la universalidad en todos los

tiempos. El error que le es contrario, debe caracterizarse de una manera contraria. Así pudiera racionarse: lo que alguna vez ha sido concido, pero despues de conocido, no ha sido reconocido por la universalidad en los tiempos que siguieron á su reconocimiento, sino antes bien relegado á un olvido inmemorial y universal, es error, no puede ser una verdad. Este racionio aplicado á la teoría espírita, la hace aparecer como errónea, una vez que habiendo sido conocida durante el reinado del paganismo, no se la ha reconocido por la universalidad en tantos siglos como han trascurrido, ni se la reconoce en los momentos en que resucita.

Si preguntamos á Lucrecio acerca de la antigüedad de lo que hoy se llama *espiritismo*, nos responderá que ya en su tiempo no faltaban quienes abrigaran esa creencia. "No creas, dirá á su amigo Mencia, que estos simulacros ligeros ó fantasmas, sean almas transeuntes del Aqueronte que se empeñan en andar volando entre los que viven y en entremeterse todavía en las escenas de la vida." Apuleyo resume en su obra intitulada *El Dios de Sócrates*, la doctrina religiosa ó mística que los cultivadores de la teurgia desarrollaron con respecto al alma humana; y sin más diferencias que las de algunas palabras,

a doctrina mística de entónces iguala á la hipótesis filosófica de ahora.

Oigámosle siquiera por curiosidad, ya que no por estudio, sobre una materia cuya importancia se pondera tanto. "El alma humana, dice, es un demonio que nuestra lengua puede llamar génio. Es un dios inmortal, y que, sin embargo, nace en cierto modo con el hombre. Por tanto, poder mos decir que muere de la misma suerte que nace.

"Nace abandonando un mundo donde tiene una existencia anterior á la de la vida que conocemos.

Hé aquí por que los dioses, que consideran en conjunto sus diversas fases, le hacen sufrir las penas que ha merecido en una vida anterior. Ella muere separándose del cuerpo, en el cual ha atravesado como en una frágil navecilla, este mundo. En esto se encuentra la explicacion, si no me engaño de enigma del esas inscripciones sepulcrales tan sencillas para los iniciados: *á los dioses mánes que han vivido*. Pero esta muerte no los aniquila, sino que únicamente los hace pasar al estado de *lémuures*. Los lémuures son mánes ó fantasmas que designamos con el nombre de láres. Cuando se maestran benévolos con nosotros honramos en ellos á los dioses del hogar doméstico; pero si sus crímenes los

condenan á andar errantes, les llamamos larbas, Son entónces el azote de los malvados y el espanto de los buenos.”

Si procediendo por el método algebraico de la sustitucion, pusiéramos en lugar de las palabras de Apuleyo las equivalentes de que usa Allan Kardec, no habria por qué extrañarse la igualdad de las ideas que ambas expresan:

Jámblico se adelanta á hablar de las manifestaciones, distinguiéndolas como las distingue el gnóstico moderno, segun el rango ó categoría de los espíritus que en ellas intervienen, “Los dioses y los ángeles, escribe, se nos aparecen en medio del orden y la paz; los demonios, produciéndose en torno suyo turbaciones violentas; los héroes en medio del movimiento y con precipitacion; y en cuanto á las *almas vulgares* hay algunas que se aparecen como las de los heroes, pero con más orden y persistencia en sus apariciones.”

Porfirio nos hablará á su turno de esa inclinacion de las almas de los difuntos á unirse á los cuerpos, y á comunicarse con los hombres. “Teniendo el alma, dice, aun despues de la muerte, cierto amor á su cuerpo, una afinidad proporcional á las violencias que rompieron su union espirituo-corporal, vemos multitud de ellas voltear

en torno de sus despojos terrestres; las vemos tambien buscar con solicitud los restos de cadáveres ajenos, y sobre todo, la sangre recientemente derramada que parece volverles por un instante algunas de las facultades de la vida.

“Los encantadores ó hechiceros abusan muchas veces de este conocimiento en la práctica de su arte. No hay uno solo que no sepa hacerles violencia, *evocándolas* ya con el auxilio de algunos restos de los cuerpos que animaron, ya atrayéndolas por medio de los vapores de la sangre.” (1) ¿Han dicho algo de nuevo los modernos cultivadores de la *magia*? Notad de paso, cómo el mismo Porfirio reprueba la práctica de las evocaciones; y no dejéis de reflexionar acerca de esa simpatía de las almas de los muertos por la sangre derramada.

El espiritismo, pues, que fué conocido de tan antiguo y cuya memoria, despues de conocido, fué sepultada en el mismo sepulcro en que lo fuera el paganismo, tiene en contra la presuncion de ser erróneo; porque la verdad, si bien es objeto de ataques y de persecuciones pasajeras, no parece que muere sino para vigorizarse más, no parece que se eclipsa, sino para ostentarse más deslumbradora y resplandeciente.

(1) *De Sacrific, C. Del verdadero culto.*